

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Sexo y normatividad. Un debate entre psicoanálisis y J. Butler.

Baur, Vanesa.

Cita:

Baur, Vanesa (2020). *Sexo y normatividad. Un debate entre psicoanálisis y J. Butler*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/406>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/1re>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SEXO Y NORMATIVIDAD. UN DEBATE ENTRE PSICOANÁLISIS Y J. BUTLER

Baur, Vanesa

Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Psicología. Mar del Plata, Argentina.

RESUMEN

En el presente trabajo desarrollamos la idea de que existe una disparidad esencial en el modo en que los Estudios de Género y el psicoanálisis comprenden el sexo. Dicha disparidad requiere ser aclarada como tarea preliminar a la respuesta a las imputaciones críticas que recibe el psicoanálisis por parte de los mencionados estudios (fundamentalmente la supuesta promoción de la heteronormatividad y la reducción de la diferencia sexual a un binarismo identitario). Nuestro escrito recorre en primer lugar la propuesta sostenida por J. Butler (1993) acerca del sexo como materialización efecto de la performatividad, en la cual asume un importante papel explicativo el funcionamiento del poder. A continuación acercamos otros aportes filosóficos que señalan un aspecto invariante e irreductible de la sexualidad humana y los vinculamos con el que entendemos es un modo propiamente psicoanalítico de concebir el sexo. Finalmente, señalamos los impasses en la teoría de Butler que se visibilizan al considerar el goce, la pulsión y la muerte.

Palabras clave

Sexo normatividad - Psicoanálisis género falo - Diferencia real pulsión - Performatividad

ABSTRACT

SEX AND NORMATIVITY. A DEBATE BETWEEN PSYCHOANALYSIS AND J. BUTLER

In this essay we develop the idea that there is an essential disparity in the way in which Gender Studies and psychoanalysis understand sex. This disparity requires clarification as a preliminary task to response to the critical allegations that psychoanalysis receives from the aforementioned studies (mainly the supposed promotion of heteronormativity and the reduction of sexual difference to an identitarian binarism). Our paper covers first of all the proposal supported by J. Butler (1993) about sex as materialization effect of performativity, in which the functioning of power assumes an important explanatory role. Then we approach other philosophical contributions that point to an invariant and irreducible aspect of human sexuality and we link them with the one we understand is a properly psychoanalytic way of conceiving sex. Finally, we point out the impasses in Butler's theory that are visible when considering enjoyment, drive and death.

Keywords

Sex normativity - Psychoanalysis gender phallus - Difference real drive - Performativity

Nuestro punto de partida es la pregunta ¿cuál es la relación entre los modos de concebir al sexo por parte del psicoanálisis y de los Estudios de Género?

En este trabajo exploramos la hipótesis de que hay una disparidad entre Estudios de Género y psicoanálisis fundada en qué es lo que entienden por sexo o por sexualidad. Y que esa disparidad no es tenida en cuenta en las críticas que las mencionadas teorías dirigen al psicoanálisis. Entre los puntos controversiales hay dos que despiertan especial interés: la imputación crítica a lo *hetero* como equivalente a normativo y a la diferencia sexual entendida como binarismo. Proponemos una aproximación a estos puntos, íntimamente relacionados, en el marco de lo que se comprende por sexualidad o sexo en trabajos de J. Butler de la década del 90 y en la teoría psicoanalítica.

El sexo como materialización

Una de las teóricas feministas más influyentes en la actualidad, J. Butler, señala con lucidez crítica los impasses ontológicos en los que deriva la distinción entre sexo y género del modo corriente en que se ha difundido: el género como producto cultural y discursivo sería un modo de ser que se imprime, se asienta en un sexo biológico, pudiendo acordar con él o contradecir el mandato genético. La perspectiva construccionista deja entrever cierto dualismo entre, por una parte, una esencia proporcionada por la biología y, por la otra, el lenguaje y los significados social e históricamente mudables. La posición de Butler intenta despegarse de un construccionismo tal -que supondría un metafísico sujeto o bien un super poder creacionista del lenguaje- a través de la consideración del sexo como *materialización*. La categoría de materialización se presenta como otro modo de concebir la relación entre cuerpo y acto performativo, abrevando también en la noción de repetición

“Afirmar que el discurso es formativo no equivale a decir que origina, causa o compone exhaustivamente aquello que concede; antes bien, significa que no hay ninguna referencia a un cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo! (Butler, 1993. p. 31).

La materialización del sexo es una idea que desarrolla en el libro publicado por primera vez en 1993 *Cuerpos que importan* donde

Butler se interroga por los límites materiales y discursivos del “sexo”. Interrogación que convoca a pensar en los avatares de la relación sexo-cuerpo introduciendo la categoría de poder:

“La categoría de “sexo” es, desde el comienzo, normativa; es lo que Foucault llamó un “ideal regulatorio”. En este sentido pues, el “sexo” no sólo funciona como norma, sino que además es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna, es decir, cuya fuerza reguladora se manifiesta como una especie de poder productivo, el poder de producir -demarkar, circunscribir, diferenciar- los cuerpos que controla”. (Butler, 2002, p.18).

En esta línea de inspiración foucaultiana, el sexo se encuentra ligado al poder en su faz productiva de manera que sexo y norma aparecen íntimamente unidos:

Las normas reguladoras del “sexo” obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para *materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual*. En este sentido, lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder.” (Butler, 2002, p. 18, las cursivas son nuestras).

Señalamos especialmente en el párrafo citado el hecho de que la autora plantea una íntima conexión entre diferencia sexual e imperativo heterosexual, ubicando a la diferencia como un efecto de las normas reguladoras. La definición de Butler nos muestra que el sexo queda ubicado en un territorio diferente al que tiene en el psicoanálisis. Con Butler el sexo encuentra una clara determinación en las normas reguladoras, cuya operación es performativa constituyendo la materialidad de los cuerpos y la diferencia sexual. El cuerpo es efecto del poder, teniendo en cuenta que la performatividad se juega en el poder repetitivo, en la insistencia del lenguaje. En este punto nos preguntamos ¿cuál es la diferencia entre el poder repetitivo del lenguaje para imponer performativamente la norma, por una parte, y la primacía y determinación significativa que Lacan ubicó para dar cuenta de la causación del sujeto, por la otra? La diferencia en ambos posicionamientos es explícitamente localizada por la autora cuando afirma que “Mientras algunas perspectivas psicoanalíticas sitúan la constitución del “sexo” en un momento del desarrollo o lo definen como un efecto de una estructura simbólica casi permanente, yo considero que este efecto constituyente del poder regulador es reiterado y reiterable” (Butler, 2002, p.49)

La performatividad así comprendida es singularmente importante para los Estudios de Género, ya que es la que abre el juego a la transformación posible a partir de la generación de nuevas repeticiones e insistencias. La insistencia es ejercida por el poder y el sistema simbólico, el cuerpo que se materializa sexuado parece en algún punto independiente de esa insisten-

cia repetitiva sin agencia y pasivo respecto a ella. A su vez, la performatividad en tanto operatoria simbólica ¿sería infinita potencialmente? ¿encuentra algún tope real? ¿encuentra relación con el goce? Al no considerar la inmisión significativa- goce el trabajo de Butler no puede servirse de la interesante formulación lacaniana (vg. Lacan 1968-69) según la cual la lógica de la repetición implica siempre ya, lógicamente, un elemento no significativo que se pierde. La repetición produce pérdida de goce de un modo irreductible y ese *a* en pérdida descompleta al sujeto de una pretendida unidad y existencia brindada por el significativo. En el Seminario *De un Otro al otro* Lacan (1968-69) formula que “el sujeto no podría reencontrarse en su representante significativo sin que tenga lugar esta pérdida en la identidad que se llama, hablando con propiedad, el objeto *a*” (p. 20). Resto irreductible que insiste en cada nueva marca significativa, la cual, en el abordaje lógico de Lacan, se plantea como *S1*, rasgo unario que martillea en la insistencia de la repetición y constituye su elemento esencial (cfr. Lacan 1968-69, p. 111). A su vez, el cuerpo *materializado* sexualmente se presenta en la teoría de Butler como una superficie pasiva, en cuya consideración no parece haber influencia del goce como plus ni como pérdida. Este cuerpo en tanto referente adquiere una connotación solo fenomenológica en el trabajo de Butler al ser parte del mundo como horizonte:

“Aunque no pueda decirse que el referente existe separado del significado, no puede reducirse a éste. Ese referente, esa función permanente del mundo, ha de persistir como el horizonte y como “aquello que” hace su demanda en el lenguaje y al lenguaje. El lenguaje y la materialidad están plenamente inmersos uno en el otro, profundamente conectados en su interdependencia, pero nunca plenamente combinados entre sí, esto es, nunca reducido uno al otro y, sin embargo, nunca uno excede enteramente al otro”. (Butler 1993, p. 111)

Si bien es enunciada la mutua conexión e interdependencia, no se clarifica la peculiaridad de la incidencia del cuerpo/mundo/referente en lo que refiere al sexo.

Heteros y diferencia sexual.

En los Estudios de Género lo *heteros* desliza en su sentido hacia un mandato -un imperativo, decía Butler- patriarcal y esto encuentra fundamentación en algunos teóricos *queer*, como Michael Warner, quien acuñó el término heteronormativo en sustitución de homofobia para referirse a la conjunción entre un tipo de elección de objeto o un modo de vivir la relación con el sexo y un sistema dominante y segregativo de lo homo. Allí se enraza lo normativo: en la postulación obligatoria, normativa, de la configuración heterosexual. Según esta concepción, la heteronormatividad es un sistema social e ideológico fundado en la creencia de que la heterosexualidad es moral y éticamente superior a cualquier otra forma de sexualidad. Por lo tanto, se estigmatiza, denigra, margina y despoja de derechos a quienes no sean heterosexuales (cfr. Warner 1993). Se trata de un planteo

atento a los efectos segregativos respecto de lo que se aparta de la norma y da fundamento a importantes movimientos reivindicatorios de derechos; no obstante lo cual en su argumento produce un deslizamiento de lo *heteros* a la normatividad, en función de una posición que privilegia el análisis del poder. Pero desde un punto de vista conceptual, o desde el concepto de sexo en juego ¿cómo se produjo ese deslizamiento de lo *heteros* a la norma, cuando más bien la norma se caracteriza por homogeneizar? Y también ¿es lo normativo el único sentido de lo *heteros*? ¿Qué concepción de *heteros* plantea el psicoanálisis? ¿Y qué relación tiene con la sexualidad o el sexo?

Antes de adentrarnos en lo propio del psicoanálisis veamos que la diferencia sexual en los Estudios de Género se considera como un binarismo fálico- castrado en su vertiente imaginaria. La lectura de la relación falo castración en los trabajos de Butler toma el sentido de reducir el significante fálico a uno más de los que son reiterados y de ahí extraen su eficacia performativa. "... (el falo) no es el momento u origen incipiente de una cadena significativa, como diría Lacan, sino que es parte de una reiterada práctica significativa, abierta, por lo tanto a la resignificación: capaz de significar en modos y lugares que exceden su lugar estructural apropiado en lo simbólico lacaniano y de cuestionar la necesidad de ese lugar. Si el falo es un significante privilegiado, obtiene ese privilegio por el mero hecho de ser reiterado" (Butler 1993, p. 139)

Las afirmaciones sobre el falo tienen en cuenta su carácter significativo privilegiado pero no se nutren de las elaboraciones lacanianas[i] que en el Seminario *De un Otro al otro* localizan su carácter forcluido,

"...no podemos partir de ninguna huella para establecer el significativo de la relación sexual. Todo se reduce a ese significativo, el falo, que justamente no está en el sistema del sujeto porque no representa al sujeto sino, si puede decirse así, el goce sexual por cuanto está fuera del sistema" (Lacan, 1968-69, p.291).

La lectura de Butler se detiene específicamente en la lógica tener-no tener/ser el falo: "El orden Simbólico elabora la inteligibilidad cultural por medio de las posiciones recíprocamente excluyentes de «tener» el Falo (la posición de los hombres) y «ser» el Falo (la posición paradójica de las mujeres)" (Butler 1999, p116). La teoría psicoanalítica también considera las posiciones diferenciales respecto a la castración y las estrategias en relación con el falo (vg. impostura y mascarada en los desarrollos de Seminario 10), sin embargo las posiciones sexuadas no se reducen a la lógica fálica y la condición femenina implica poner en juego otra lógica que en Lacan se trabaja desde el "no todo" (cfr. Barros 2011).

La autora discurre extensamente acerca del denominado "falo lesbiano". Butler (1992) sostiene que el falo en el sentido de la elaboración lacaniana es propia de un "estructuralismo heterosexista" (p.141), conclusión que extrae de su propia considera-

ción u homologación entre falo y pene. Allí, en su enunciación e incluso en el nombre del capítulo mismo leemos una prevalencia de la lógica falo-castración. Las conclusiones a las que arriba en el extenso capítulo que le dedica parecen enmarcarse con fuerza en dicha lógica, intentando mostrar que se puede tener otro falo aún sin pene. "...tener" el falo puede simbolizarse mediante un brazo, una lengua, una mano (o dos), una rodilla, un muslo, un hueso pelviano, una multitud de cosas semejantes al cuerpo deliberadamente instrumentalizadas" (Butler 1993, p.139)

Podríamos decir que esto mismo ya había sido conceptualizado por Freud al situar las equivalencias simbólicas pene=niño=excremento=dinero (cfr. Freud 1908, 1933, etc.). Es decir, la crítica al psicoanálisis disputa la presencia del falo en equivalencia con el órgano (de ahí la postulación del falo lesbiano o la idea del dildo como antecedente del falo en los trabajos de Paul B. Preciado, 2000) con lo cual la diferencia implícita en la lógica falo castración sigue resultando irreductible (tener-no tener), aunque esa irreductibilidad sea atribuida al funcionamiento heteronormativo del poder.

"Si una lesbiana "tiene" el falo, no lo "tiene" en el sentido tradicional y su actividad promueve una crisis en el sentido de lo que significa "tener" el falo. La posición fantasmática del hecho de "tener" se rediseña, se hace transferible, sustituible, plástica; y el erotismo producido dentro de este tipo de intercambio depende tanto del desplazamiento desde los contextos masculinistas tradicionales como del rediseño crítico de sus figuras centrales de poder" (Butler, 1993, p. 139)

Más aún, la lógica de la falta es cuestionada por entenderla como déficit. Y el territorio de la especificidad de lo femenino queda sin explorar.

Lo invariante del sexo

El psicoanálisis promueve el orden del heteros pero esto no implica la elección de objeto heterosexual. Porque el sexo es en sí mismo *heteros* respecto al sujeto y respecto al yo. Podríamos comenzar coincidiendo con el problema filosófico señalado por Butler y diríamos quizás que el sexo no es ni el cultural producto del lenguaje ni su reducción biológica. El psicoanálisis no se ocupa del género ni de la sexualidad, ambas construcciones históricas sino de los efectos de lo real del sexo, ese que irrumpe en la clínica psicoanalítica, tal como señalaba Freud (1905) tempranamente que los síntomas figuran la práctica sexual de los enfermos.

La concepción de sexo que revisamos en los textos de Butler se referencia fuertemente en Michel Foucault y su modo de concebir el poder en su faz productiva. En 1976 se publicaba *La voluntad de saber*, el que se constituiría en punto de partida de una serie sobre la historia de la sexualidad. Allí Foucault problematizaba la que denomina hipótesis represiva, visibilizando en su lugar la conformación de la sexualidad como un dispositivo, en cuyo marco se produce una proliferación de discursos sobre el sexo en el campo de ejercicio del poder mismo. El dispositivo

entrama el sexo con la verdad en una multiplicidad de discursos institucionalizados. Y el psicoanálisis encuentra allí su lugar: “con el psicoanálisis, la sexualidad da cuerpo y vida a las reglas de la alianza saturándolas de deseo” (Foucault, 1976, p.133). De la trama de discursos, prácticas y saberes el psicoanálisis forma parte, ligándose con la genealogía de la confesión y cabalgando en la *scientia sexualis*.

El devenir del trabajo de Foucault lo llevó a profundizar en otros análisis, con lo cual retornó a la tematización de la sexualidad revisando incluso el dominio de lo que se proponía estudiar. Así lo asume en el inicio de *El uso de los placeres*. En este se refiere, ya lo indica su título, a cierto aspecto prático de la sexualidad: las prácticas, las regulaciones, la conformación de un dominio de cuidado de sí. Foucault no reduce su indagación al campo de los preceptos morales, elige en cambio, metodológicamente, ampliar la perspectiva estudiando una ética como aquel tratamiento del sujeto respecto de sí mismo. Si bien él aclara que no quiere referirse a la sexualidad como una invariante; hay algo que excede, desborda, violenta, des-gobierna al sujeto y queda implícito en las prácticas de auto-control, de auto-tratamiento que cada época se pudo dar. Por la vía de los discursos y los preceptos encontramos un tope ya que la sexualidad que irrumpe en la clínica psicoanalítica no es tematizada por Foucault, quien pone el acento en el efecto subjetivante (con toda la carga de sujeción que tiene el término en su pensamiento), unificador, yoificante (eso que hace defenderse con un sí mismo, dominio posible de un ejercicio de libertad) de las prácticas griegas de cuidado de sí.

Quizás en sus trabajos de principios de los 60 encontramos una vía abierta a una dimensión diferente del sexo. En la monumental *Historia de la locura en la época clásica* (1964), Foucault se refería a Bataille, junto a Nietzsche y Artaud, como aquellos portavoces de la sinrazón, de esa experiencia excluida de la modernidad. Allí Foucault abre un vínculo, un corredor que conduce hasta Freud. Hay una parte, la no medicalizada del decir del psicoanálisis, que en aquel Foucault hacía lugar a esa voz de la sinrazón.

Justamente Bataille supo interesarse especialmente por el erotismo humano. Situándose en la experiencia de encuentro con algo no simbolizado, ni calculado, dice que “es evidente que el desorden sexual nos produce lágrimas, pero siempre nos trastorna, a veces nos devasta y una de dos: o nos hace reír o nos compromete en la violencia del abrazo” (Bataille, 1951, p. 20). Se encuentra en su decir la alusión a un aspecto diabólico de la sexualidad como aquello propiamente humano que hace del erotismo más que la actividad sexual: se trata de la presencia de la muerte en la conciencia o de ser estos seres afectados por la conciencia de la finitud.

“En efecto, según las apariencias el erotismo está ligado para todo el mundo al nacimiento, a la reproducción que reconstruye sin fin sobre los estragos de la muerte. No es menos cierto que el animal, el mono cuya sensualidad a veces exaspera, ignora el

erotismo. Lo ignora en la medida en que le falta el conocimiento de la muerte. Contrariamente, es a causa de que somos humanos y de que vivimos en la sombría perspectiva de la muerte, que conocemos la violencia exasperada, la violencia desesperada del erotismo” (Bataille, 1951, p.22)

En el discurso de Bataille, además, el erotismo no es una región pacífica sino que conlleva una violencia intrínseca. Remonta su historia del erotismo a las pinturas halladas en las cuevas de Lascaux y advierte que en ellas está presente un elemento diabólico, una maldición ligada a la actividad sexual. Para el poeta, allí se encuentra el tema del pecado original: la muerte ligada al erotismo. Nudo inaugural cuyo origen perturbador intentamos situar, punto indecible del que, además, nos defendemos. Pascal Quignard, prolífico escritor francés, da voz al sexo y el espanto en un ensayo homónimo que se desliza metonímicamente y se detiene en textos literarios y en la pintura: no sólo como representación, también como resonancia de un modo de relación con el goce. De esta manera presenta el drama en juego para nosotros, quienes “llevamos con nosotros las marcas de nuestra concepción”.

“El eros es una placa arcaica, prehumana, totalmente bestial, que aborda el continente emergido del lenguaje humano adquirido y de la vida psíquica voluntaria bajo las dos formas de la angustia y de la risa. La angustia y la risa son las cenizas dispersas que caen lentamente de ese volcán. (...) Las sociedades y el lenguaje no dejan de protegerse ante ese desborde que las amenaza (...) son los sueños para los animales homeotérmicos entregados al dormir cíclico; son los mitos para las sociedades; son las novelas familiares para los individuos. Inventamos padres, es decir, historias a fin de darle sentido al azar de un arrebatado que ninguno de nosotros —ninguno de los que son frutos de él tras diez oscuros meses lunares —puede ver” (Quignard, 2005 p.9).

Inventamos historias, inventamos fantasmas, inventamos padres para cubrir, velar, significar, hacer soportable ese punto enigmático de nuestra existencia que nos es éxtimo. Pecado original, el momento de la concepción ¿habla del núcleo de nuestro ser, el punto umbilical-real, ese “núcleo de nuestro ser constituido por el oscuro ello” (Freud, 1938, p.199)?

A diferencia de la reducción a una eficacia performativa del falo (la que lleva adelante Butler), el psicoanálisis pone de manifiesto otro aspecto ligado a lo real. Hay en el sexo algo enigmático que permanece velado e indecible. Y que de esa manera es vivible. Lo sexual se vive articulado en fantasmas, la pulsión se soporta en la mezcla, en la intrincación. A la dimensión de lo sexual que no logra ser apresada por las palabras ni por las imágenes, la práctica psicoanalítica, llega por la vía de los padecimientos, los síntomas, el resto irreductible a la interpretación y el sentido. Se anoticia de ella por la puesta en acto de una realidad sexual del inconsciente, tal la definición de transferencia articulada por

Lacan en 1964 (cfr. Lacan, 1964, p.152). Se acerca a ella ubicando un concepto necesario y crucial para el asunto que nos ocupa: la pulsión. Recordemos que la pulsión es un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, al que Freud recurre para dar un lugar en el edificio conceptual a esa compleja e inefable juntura entre psique y soma. Es así que la pulsión no se reduce al cuerpo, al órgano, a la fuente, ni a la representación psíquica con la cual sí se liga soldándose en la fantasía. Son enormes y olvidadas -o siempre es necesario recordar- las consecuencias de que el discurso psicoanalítico considere a la pulsión como un esfuerzo constante, cuya fuente reside en una zona erógena (no en el órgano, no en el cuerpo como todo, sino en zonas que se construyen desde la erogeneidad que nos introduce y sostiene en la vida), cuya meta es la satisfacción y en la cual el objeto es lo más variable, es más, como la pulsión no tiene un objeto es la fantasía, actividad psíquica inflamada de un real, la que se lo otorga. La pulsión sexual es incitación a conmovier lo placentero homeostático. Un fuego en el trasero, decía Lacan al tiempo que se preguntaba “cómo este animal con el fuego quemándole el trasero llega a tener que promoverse como sujeto en el Otro” (Lacan, 1968-69, p.331). La ligazón al Otro, el hacernos representar, está articulado por un goce que quema en el cuerpo. Esta dimensión invariante del sexo bien podría ser nombrada con el término goce en el uso que hace del mismo Lacan (cfr. Barros, 2011, p. 41)

El goce está fuera del sistema simbólico del sujeto y no hay sujeto del goce sexual. Ese fuera de sistema es equiparado por Lacan a lo forcluido, y su modo de retorno es en lo real, desde allí toca al cuerpo. El sexo se escurre, el modo de goce no se deja apresar por el significante. No es natural, pero tampoco forma parte de la cultura, se manifiesta ante la cultura como su otro. Dice Nestor Braunstein (2008) que “ni la anatomía (la naturaleza), ni la convención (en la vida social) son suficientes para dar cuenta del sexo que se escurre más allá de las dos. Habrá que escuchar al sujeto que habla y que expresa como puede, en su medio decir, la no complementariedad entre los sexos” (p. 57). De esa extranjería irreductible habla el sexo como *heteros*: como distinto, otro, dispar, diferente, irregular.

Allí, en ese aspecto que excede a la sexualidad discursiva e historizable, se ubica lo insistente, lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que no cesa de no inscribirse. El sexo es una invariante de lo humano. Lo invariante, lo real del sexo insiste en la práctica psicoanalítica. Y ese invariante es diferencia. Es corte. Es irresoluble. Siguiendo la huella de Lacan en el Seminario *El reverso del psicoanálisis*, Silvia Amigo recupera la etimología de *sexo* a través del latín *sectum*: cortado, seccionado. Y señala que “para el sujeto del significante esta partición, este *sectum*, lo promete a la muerte” (Amigo, 2014, p.17). El corte, la diferencia es real, es equiparado a la “falla de lo simbólico para decir la misma grieta que él produce” (p. 25)

Conclusión: la disparidad entre sexo y performatividad

“Es una de las manifiestas injusticias sociales que el patrón cultural exija de todas las personas idéntica conducta en su vida sexual” (p.172) decía Freud en 1908. No es un enunciado normativo precisamente, como tampoco parece serlo la postulación de la pulsión sin objeto, articulada al mismo en la soldadura fantasmática. Freud advertía también acerca de un rechazo o una resistencia generada por el psicoanálisis en su vínculo con la sexualidad, cuando prologaba sus Tres ensayos[ii].

Más de 100 años después ¿se ha resuelto el rechazo respecto a la importancia y el concepto de la vida sexual que descubrió el psicoanálisis? Está fuera del alcance de este escrito dar cuenta de los efectos del psicoanálisis en los diversos saberes y prácticas acerca de lo humano, pero si nos seguimos haciendo la pregunta es porque perdura un desconocimiento del abordaje psicoanalítico del sexo, encarnado actualmente en los Estudios de Género, en el núcleo mismo de las Ciencias Sociales.

En dos de los libros en que J. Butler despliega su argumentación acerca del sexo como materialización efecto de la performatividad normativa del lenguaje (*Cuerpos que importan* de 1993, *El género en disputa* de 1999) realiza también elaboraciones críticas acerca de conceptos claves del psicoanálisis y los referencia en Freud y Lacan. Sin embargo, en la revisión de los mismos que realizamos para este trabajo hay dos términos que llaman la atención por su ausencia: la pulsión y la muerte. Justamente dos términos fundamentales para la concepción del sexo que descubre y no deja de descubrir el psicoanálisis.

La orientación exclusivamente política del asunto elude o deja por fuera una dimensión del sexo que dilucida el psicoanálisis e implica su dimensión *heteros* con independencia de la elección de objeto. La posición de Butler postulando una materialización del cuerpo no toma en cuenta la dimensión del goce.

NOTAS

[i] Realizo esta puntuación debido a que Butler, en la bibliografía consultada para este escrito, recorre múltiples textos de Freud y Lacan, motivo por el cual llama la atención aquello que no recorta para su argumentación.

[ii] “Si los hombres supieran aprender de la observación directa de los niños, estos tres ensayos podrían no haberse escrito. Pero, además, es preciso recordar que una parte del contenido de este trabajo, a saber, su insistencia en la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas y su intento de ampliar el concepto de sexualidad, constituyó desde siempre el motivo más fuerte de resistencia al psicoanálisis” (Freud, 1905, p120-121).

BIBLIOGRAFÍA

- Amigo, S. (2014) *La autorización de sexo y otros ensayos*. Bs. As., Argentina: Letra Viva.
- Barros, M. (2011) *La condición femenina*. Bs. As., Argentina: Grama Ediciones.

- Bataille, G. (1951) *Breve historia del erotismo*. Montevideo, Uruguay: Calden.
- Braunstein, N. (2008) *Cien años de novedad*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Butler, J. (1993) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Butler, J. (1999) *El género en disputa*. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Foucault, M. (1964) *Historia de la locura en la época clásica*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1976) *Historia de la sexualidad. Volumen 1: La voluntad de saber*. Bs. As., Argentina: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1984) *Historia de la sexualidad. Volumen 2: El uso de los placeres*. Bs. As., Argentina: Siglo XXI.
- Freud, S. (1905) "Tres ensayos para una teoría sexual" en *Obras Completas vol. VII*, Bs. As., Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1908) "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna" en *Obras Completas vol. IX*, Bs. As., Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1938) "Esquema del psicoanálisis". 1938, pág. 199. En *Obras Completas. Vol. XXIII*. Bs. As., Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1908) "El carácter y el erotismo anal" en *Obras Completas vol. IX*. Bs. As., Argentina: Amorrortu.
- Freud (1933) "La feminidad" en *Obras Completas vol. XXII*. Bs. As., Argentina: Amorrortu.
- Houellebecq, M. (1998) *Las partículas elementales*. Madrid, España: Anagrama.
- Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder" en *Escritos II*. Bs. As., Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964) *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1968-69) *El Seminario. Libro 16. De un Otro al otro*. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1969-70) *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Preciado, P. (2000) *Manifiesto contrasexual*. Barcelona, España: Anagrama.
- Quignard, P. (2005) *El sexo y el espanto*. Barcelona, España: Minúscula.
- Warner, M. (1993). *Fear of a queer planet: Queer politics and social theory*. Londres, Inglaterra: M.W.